

“Arrraigados en Dios“

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Jesús prepara a sus discípulos para su sufrimiento
(extractos de Juan 13-16) parte 2
(10 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Juan 14:7-11; 1:18; 12:44,45

Ver a Dios el Padre en Jesús (1)

El discípulo Felipe quiere ver a Dios Padre: “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta” (Jn. 14:8). Ver a Dios, eso es lo que la gente anhela una y otra vez. Si pudiéramos ver a Dios Padre con nuestros ojos, nuestro anhelo más profundo estaría satisfecho. Entonces no habría más incertidumbre ni más ideas erróneas, el alejamiento de Dios se habría superado definitivamente y se habría demostrado la existencia de Dios. Pero aún no hemos llegado a este punto: “No puedes ver mi rostro; porque ningún hombre puede verme y seguir con vida” (Éx. 33:20 trad.libre).

Felipe experimentó en Jesús su forma de vida centrada totalmente en Dios, y como de ella emanaba amor, paz y una acción poderosa y sanadora.

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”, respondió Jesús a Felipe (Jn. 14:9). “Todos los rasgos que descubrimos en Jesús, también podemos transferirlos al Padre. ... El anhelo por la comunión con Dios se satisface para nuestra vida terrenal a través de Jesús, sin que 1.Juan 3:2 sea negado por esta razón” (G. Maier). Cuando Jesús proclama, entre otras cosas: “Yo soy el pan de vida; yo soy la resurrección y la vida” (Jn. 6:35; 11:25), entonces da testimonio de su unidad con Dios el Padre (Éx. 3:14; Jn. 10:30).

Si seguimos las huellas del Dios invisible en la vida de Jesús, reconoceremos y “veremos” al Padre celestial: en Jesús vemos al Padre, que busca con anhelo a sus hijos perdidos, bendice con amor a los niños y, como vencedor de la muerte, consuela a los dolientes. Vemos a Dios Padre confrontando a los hipócritas con la verdad a través de su Hijo y hablando palabras de vida. “Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63; comp. Jn. 6:68b, Hch. 5:20; 1.P. 1:23).



Día 2

Juan 14:7-11; Mateo 11:25-27; Hebreos 11:6

Ver a Dios el Padre en Jesús (2)

Probablemente los discípulos estaban un poco irritados o miraron a Jesús con incredulidad, cuando les respondió: “¡Yo soy en el Padre, y el Padre en mí!” (v.10). Eso estaba más allá de su imaginación. - El Padre es particularmente reconocible en su Hijo Jesús. La creación nos revela ante todo al Dios Creador, no al Padre. Reconocemos al Padre a través de nuestra relación con Jesús. Por eso Jesús exhorta a sus discípulos a confiar en Él y deja claro: Lo que digo no son mis propias ideas. Yo hablo las palabras de mi Padre que está en los cielos. Por lo que hago, podéis ver que el Padre actúa a través de mí.

En aquel entonces, miles de personas vieron los milagros de Jesús y escucharon sus palabras llenas de autoridad. Sin embargo, muchos no creyeron en Él (Jn. 7:15,28-32). Jesús les respondió: “Mi enseñanza no es mía, sino del que me envió. El que esté dispuesto a hacer la voluntad de Dios reconocerá si mi enseñanza proviene de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por cuenta propia busca su vanagloria; en cambio, el que busca glorificar al que lo envió es una persona íntegra y sin doblez” (Jn. 7:16-18 NVI). Si confío en Jesús y hago lo que Él dice, puedo reconocer, si en verdad Él es el Hijo de Dios y si en Jesús encuentro a Dios el Padre. “Jesús es ... en su humanidad al mismo tiempo la presencia de Dios entre nosotros” (W. de Boor).

Un pastor ya no podía creer por varias razones. Sin embargo, predicó fielmente la Palabra de Dios todos los domingos, porque no quería hacer de su crisis la norma, ni para él, ni para los demás, y encontró el camino de regreso a una nueva relación de confianza con Jesucristo y, por lo tanto, con el Padre celestial.



Día 3

Juan 14:12-14; 1.Juan 5:14,15

¡Capacitado para hacer grandes cosas!

En el reino de Dios, mis habilidades y mi fuerza no son decisivas (2.Co. 3:5). Los cristianos pueden realizar grandes cosas porque Jesús creó las condiciones a través de su muerte y resurrección y porque Él ahora está “sentado a la diestra de Dios” (Col. 3:1b). Jesús permite a sus seguidores tener un impacto global a través de su oración.

¿Qué importancia tiene la oración en nuestra vida cotidiana? ¡Aprendamos de Jesús! Él oraba antes de resucitar a Lázaro: “Padre, gracias te doy por haberme oído” (Jn. 11:41b). Jesús oró y el Padre actuó a través del Hijo. Jesús, como ser humano, era tan necesitado como nosotros: Él pidió y Dios obró (Mt. 14:19,20a). Él vivía en y desde una relación íntima con su Padre celestial y desde niño había practicado el trato con la Palabra de Dios (Lc. 2:46-52). De la misma manera debemos vivir en y desde nuestro trato íntimo con Jesús: “El que en mí cree, ...” (Jn. 14:12). ¿Están mis situaciones diarias entrelazadas con la relación confidencial con Dios? ¿Hablo con Él sobre todo lo que me commueve y escucho lo que mueve a Dios, al estudiar cuidadosamente su Palabra y prestar atención a los impulsos del Espíritu Santo?

Por lo tanto, orar no es más que pedirle a Dios de poder actuar en su voluntad e intervenir en nuestro mundo por nuestra intercesión: “No dejen ustedes de orar; rueguen y pidan a Dios siempre, guiados por el Espíritu. Manténganse alerta, sin desanimarse, y oren por todo el pueblo de Dios. Oren también por mí, para que Dios me dé las palabras que debo decir, y para que pueda hablar con valor y dar así a conocer el secreto del mensaje de salvación” (Ef. 6:18,19 Dios habla hoy). La oración nos hace capaces de actuar de manera correcta, porque buscamos la voluntad de Dios más conscientemente para cumplirla con su ayuda.



Día 4

Juan 14:12-14; Mateo 21:21,22

Jesús hace posible lo grandioso

Los humanos tenemos ideas diferentes de que podrían suceder “(aún) mayores obras” por nuestra relación con Jesús. ¿Cuáles posibilidades pueden estar pasando por nuestras mentes, cuando leemos el versículo 12? ¿No contamos a menudo con nuestro poder limitado y lo transferimos a Dios, porque hasta ahora no hemos experimentado ningún milagro espectacular, ni la resurrección de muertos ni la curación de enfermos?

“El que en mí cree, ...” Esto significa: El que vive en una relación íntima conmigo, el que cree que puedo hacer más de lo que es humanamente posible, el que se identifica con *mis* objetivos porque yo soy Dios, este hará cosas más grandes a través de mí. – Aunque Jesús nos invita a confiarle nuestras preocupaciones personales, aquí se trata de lo más grande en el reino de Dios (Mt. 6:33). La obra de Jesús durante su vida terrenal se limitó, con pocas excepciones, a su pueblo Israel; nuestro círculo de actividad abarca el mundo entero a través de la omnipotencia de Jesús.

Por eso los cristianos deben “¡pensar en grande!” Cuenta con Dios, piensa en grande y con amplitud. No te quedes estancado en tu pequeña vida cotidiana, sino actúa en todo el mundo a través de tus oraciones con agradecimiento, alabanza e intercesión.

Un ejemplo: En el norte de la India hay cristianos que oran por Alemania, para que allí se extienda la vida espiritual. Al mismo tiempo ellos piden nuestras oraciones, para que los cristianos en la India no se dejen intimidar por la persecución, sino que puedan testificar de Jesús con valentía y que Dios les abra las puertas para ello: “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo” (Col. 4:2,3).

La magnitud de la influencia de la intercesión de los demás en nuestras vidas solo se reconocerá en la eternidad: Las oraciones de los abuelos y padres por sus hijos tienen un efecto, aunque no lo notemos de inmediato o nunca lo notemos. Por lo tanto: ¡Confía!

Día 5

Juan 14:12-14

Jesús quiere hacer grandes cosas a través de nosotros

En estos versículos Jesús hace especial hincapié en el pedir. Qué bueno que podemos pedir todo, y no tenemos que ganárnoslo. Quizás recordemos frases de nuestra infancia como: “Si te portas bien, entonces te daré...” o “Si vaciaste los tachos de la basura, y terminaste con tus deberes escolares, entonces podrás...” Las respuestas de nuestras oraciones no dependen de nuestros esfuerzos.

Con esto también queda claro de que por nosotros mismos no podemos hacer nada por el reino de Dios: “Por nuestra parte, tenemos toda la necesidad, porque en nosotros mismos no encontramos lo que necesitamos; por parte de Dios está toda la riqueza y toda la disposición a darnos de esa riqueza lo que necesitamos. ... Pedir en nombre de Jesús significa, por lo tanto, saber que se tiene el poder de orar gracias a la misericordia de Dios en Jesús” (W. de Boor).

Otra reflexión: Jesús deja claro, que también hará lo que le pedimos para que el Padre sea glorificado (v.13). Esta es la piedra de toque de nuestras oraciones. Jesús nunca hará nada por nosotros que sea contrario a su carácter o que no honre al Padre. Entonces, ¿de quién se trata en mis peticiones? ¿Se trata realmente de la gloria de Dios o de la realización de mis propias ideas por el reino de Dios?

Entonces puedo pedir con confianza por todo, si también puedo decir sinceramente: “¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!” (Lc. 22:42b; lea Mt. 6:9-13; 9:37,38; Stg. 4:3.) Luego puedo ver confiadamente lo que sucede o también no sucede. He entregado el asunto en la mano paternal y al mismo tiempo amorosa de Dios. Se hará su voluntad y vendrá su reino.

“Mira con misericordia a tu pueblo.

Ayúdanos, bendice, Señor, tu herencia;

guíala por el camino recto, para que el enemigo no la destruya.

Guíala a través de estos tiempos, acógela en la eternidad”.

(Ignaz Franz - 1719-1790)



Día 6

Juan 14:15; 1.Juan 5:1-4

El distintivo del amor a Jesús

“Si me amáis, guardad mis mandamientos”. Pablo confiesa en la carta a los Romanos que no le era posible guardar los mandamientos de Dios (Ro. 7:17-25). Sus esfuerzos, su deseo y voluntad no fueron suficientes. Demostraron ser impotentes. El conflicto de hacer la voluntad de Dios o ceder al pecado es familiar para todos los cristianos.

Nuestra vida cotidiana no es solo un vuelo alto de fe cristiana y amor, sino a menudo también una caída en la culpa y el fracaso. Por lo tanto, quien entiende el texto de Juan 14:15 como una apelación a nuestra voluntad y capacidad, pronto se rendirá en resignación. La solución de este dilema declara Pablo en Romanos 7:25: ”¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!”

No somos nosotros, sino *Él*, Jesús, quien hace posible guardar sus mandamientos a través del Espíritu Santo (2.Ti. 1:7). Esto no es automático. El amor da libertad. No nos obliga. Nosotros decidimos hasta qué punto permitimos que el poder de Dios actúe en nosotros. Nosotros decidimos lo que nos mueve: el amor a Jesús o el egoísmo. Esto puede ser una dura lucha interna. Afortunadamente, nadie tiene por qué quedarse estancado en el fracaso. Podemos practicar el ser vencedores y contar con la fidelidad de Dios (1.Co. 10:13; 15:57; 1.Jn. 5:4).

Otro pensamiento: Jesús habla aquí de “*mis* mandamientos”. Con esto enfatiza que Él es Señor y Dios y tiene autoridad para mandar (Mt. 7:21-23; 28:18). Sus mandamientos contienen todo lo que Él “mandó a sus discípulos que guarden” durante los años de enseñanza y seguimiento (lea Mt. 28:20). No son contrarios a la voluntad del Padre celestial (Mt. 17:5b).

Recordemos, por ejemplo, Juan 13:15-17,34: el mandamiento de servirnos y amarnos unos a otros. Quien lo practica experimenta una especie de felicidad y satisfacción que tiene su origen en la conformidad con la voluntad de nuestro Señor, independientemente de cómo las personas juzguen o honren nuestras acciones. (Lea Jn. 13:17; Mt. 7:24; Stg. 1:22-25.)

Día 7

Juan 14:16-18

Nunca más solo

Probablemente los discípulos se sintieron bastante abrumados por todos estos anuncios de Jesús, porque aún no tenían al Espíritu Santo. Cuando un niño pierde repentinamente a su padre o a la madre, una de las primeras preguntas suele ser: “¿Quién me cuidará ahora?” Es consciente de su total impotencia. El abandono es uno de los peores sentimientos. Al profundo dolor de la soledad se suman sentimientos de desorientación, desprotección, inseguridad y miedo al futuro. Es posible que los discípulos sintieran algo similar, ya que podían oír las palabras de Jesús sobre lo que estaba por venir (Mt. 17:22,23) pero no las comprendían. ¿Quién los guiaría si el hombre en quien Dios se reveló ya no estuviera allí? ¿Cómo podrían vivir lo nuevo que habían recibido con Jesús si su Maestro ya no estaba con ellos y la relación había terminado con su muerte?

Jesús les explica: La relación será diferente. Ellos no serán huérfanos. Jesús estará más cerca de ellos de lo que pueden imaginar ahora. El Padre, a petición de Jesús, les enviará al Espíritu Santo (en griego “parakletos”), el consolador, el defensor, el ayudador, el abogado. (Comp. 1.Jn. 2:1). “Los discípulos necesitan un ‘abogado’ en el ‘mundo’ exterior, es decir, alguien que defienda su causa, que los represente, los guíe y los proteja. Hasta ahora, Jesús mismo era ese ‘abogado’. Pero este abogado, como ser humano, solo podía estar con ellos por un corto tiempo” (W. de Boor).

El misterio es insondable: con el Espíritu Santo, Jesús y el Padre también habitarán en la persona (Jn. 14:23b). El único requisito es creer en Jesús, el Hijo de Dios. Él sufrió el más profundo abandono de Dios cuando murió por nosotros (Mr. 15:34).

Para los cristianos se aplica Mateo 28:20b: ¡Nunca más solo!



Día 8

Juan 14:19

“Yo vivo y vosotros también viviréis”

Para los padres, cónyuges y amigos es muy difícil cuando las personas que aman toman caminos equivocados en la vida, caen en dependencias o no logran crecer en una responsable autonomía. Rechazan las ofertas de ayuda, ignoran los consejos y hacen oídos sordos a las advertencias. En la impotencia queda la pregunta: “¿Por qué Dios no ayuda, si Él es amor?”

Dios, en su amor, lo dio todo cuando entregó a su Hijo por nosotros. La vida de Jesús en este mundo fue una búsqueda constante y un rescate de lo que se había perdido (Lc. 19:10). Y Jesús llora, porque muchos no confían en Él y no quieren escucharlo: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mt. 23:37,38). El mundo, en este caso Israel, no quiso escuchar a Jesús y reconocerlo como el Mesías. Ahora ya no lo verá, ha perdido su oportunidad.

“Pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis” (v.19b). ¡Qué consuelo para los discípulos tristes! La separación no es el final. La vida, que es Jesús mismo, vence toda aflicción, toda muerte, todo sufrimiento.



Día 9

Juan 14:20-26

La felicidad de la cercanía de Dios

Es un regalo maravilloso tener a alguien con quien se tiene mucha confianza, ante quien uno puede mostrarse tal como es, que está dispuesto a ayudarnos y que también nos dice verdades incómodas. Pero aún mayor es el regalo que Dios Padre nos concede a través del Espíritu Santo: “que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. ... vendremos a él, y haremos morada con él” (v.20b,23b). ¿Qué tan familiar es nuestra relación con Dios?

“La Sagrada Escritura y la experiencia nos enseñan que somos nosotros, y no Dios, quienes determinamos el grado de la comunión con Él. *En este momento, estamos tan cerca de Dios como realmente queremos estarlo.* Es cierto hay momentos en los que nos gustaría experimentar una comunión más profunda. Pero cuando se trata de eso, no estamos dispuestos a pagar el precio. Las condiciones son más duras y estrictas de lo que nos gustaría. Y así nos conformamos con un estado cristiano menos exigente” (J. O. Sanders*)

Jesús establece claramente la condición: obediencia a su palabra y mandamientos (v.21a,23a,24a). Lea para esto Mateo 20:26,27; Lucas 10:27; 14:25-27. Para que esta obediencia por amor a Jesús se pueda vivir realmente, el Consolador, el Espíritu Santo “trabaja” en y con nosotros (Jn. 14:26)

“Y los que son de Jesucristo, ya han crucificado la naturaleza del hombre pecador junto con sus pasiones y malos deseos. Si ahora vivimos por el Espíritu, dejemos también que el Espíritu nos guíe. No seamos orgullosos, ni sembremos rivalidades y envidias entre nosotros” (Gá. 5:24-26 Dhh).

El amor de Jesús es un amor sacrificial. “¡Señor, obra en mí, lo que te agrada! Amén”.

*John Oswald Sanders (1902-1992) fue director general de la Misión Interior de China (hoy OMF), en las décadas de 1950 y 1960 y ha escrito numerosos libros.



Día 10

Juan 14:27; Romanos 5:1; 14:17

La paz del Hijo de Dios

Nosotros anhelamos la paz. Oramos por la paz en las regiones donde hay guerra. Deseamos el entendimiento entre los pueblos. En nuestro entorno personal, estamos satisfechos cuando terminan las disputas y es posible la reconciliación. Pero Jesús habla de “mi paz”, que quiere dejar a sus discípulos, y no de una paz mundial. Su paz tiene otra dimensión que la que el mundo puede dar.

“Jesús les da su propia paz. ... Al mantener la paz con ellos, la misma paz que Él lleva dentro de sí, también se convierte en su posesión. Debido a que está unido con ellos, la gracia de Dios les pertenece. Porque los pone al lado suyo, Él es su Protector contra la ira, el castigo y el juicio; Él mismo es el fundamento, sobre el cual se asienta el amor del Padre por ellos y obtiene su poder eterno. Así, es también su amor, que Él les da por su comunidad entre ellos, con el que superan toda amargura y división en su interior y permanecen en la paz en medio de la injusticia y la discordia que les rodea” (A. Schlatter).

La paz que Jesús da es la paz de la reconciliación entre Dios y nosotros. Es preservador y protector, como leemos en Filipenses 4:7: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (NVI). La paz que Jesús nos da nos capacita para ser pacificadores y compartir el evangelio y paz: Mateo 5:9; Efesios 6:15. Porque tenemos este don divino de la paz, no necesitamos dar cabida al miedo ni al terror, ni desanimarnos ante las dificultades, porque: “en medio del sufrimiento triunfamos sobre todo ello por medio de Cristo que nos amó tanto” (Ro. 8:37 trad.libre).

